

CUENTO

**NOSOTROS
LOS
MUERTOS**

*Por Enrique
Chvez*

La tarde es algo que viene todos los días a sentirnos morir a pesar de que desde una hora de un pasado lejano y borroso hasta este momento, nunca se ha ido de nuestro lado. Ya mi compañera y yo hemos llegado a pensar que somos esa tarde, de igual que nunca nos abandona y que sostenemos con el resto de nuestras vidas, la poca que nos va quedando.

La tarde es algo que aparece con el viento que va empujando al día; desciende al patio sorprendiendo los largos cortinjes de luz que cuelgan sobre el aire quieto de la casa vieja de madera; se desliza sin ruido sobre las matas de albahacas de hojitas menudas que cuida amorosamente el vecino del "nueve" que vive solo, delicado y parlachín, y que por las noches, a escondidas, introduce en su cuarto a mozalbetes vagabundos y pobres; estremece, como a vírgenes desnudos, la pureza delgada de los altos girasoles que persiguen al sol con su mirada única; resbala por el patio húmedo y verdoso y sobre el silencio del vecino inválido que siempre nos mira sentado desde su silla de ruedas, quieto en el crepúsculo que llena de humo la vida agitada y malévola de la ciudad; luego nos llega a nosotros que la aguardamos callados, viéndola llegar, y nos va penetrando hasta sentirse ella, hasta actualizarse (a pesar de que vive en nosotros) en este cuarto oscuro a donde nunca llega la vida, en este cuarto donde respiramos, en este cuarto donde defecamos en viejos y grandes orinales de cobre.

Allí muere en ese aire húmedo y polvoriento. Allí tiene su sepulcro en nuestras carnes hastiadas y seniles.

Entonces mi voz dice: "Mi compañera".

Y su voz dice: "Mi compañero".

"Llego otra vez la noche". "Es cierto". "El cirio del Crucifijo se ha apagado". "Se han terminado los fósforos". "Los niños del vecino se han dormido temprano". "Tosieron mucho". "¡Pobrecitos, Dios mío!"

Ahora, en esas palabras que forman un aire quieto, que nos informan de que no hemos muertas, somos la noche en el cuarto húmedo donde procrean las cucarachas y corretean los ratones de ojos inquietos y brillantes. Ellos son células de nuestras vidas; en ellos sentimos la necesidad de decirnos algo; procreamos en ellos, correteamos en ellos, quietos, mirándolos en su huir seco que se desvanace, desfavorito, en el brillo opaco de la sangre y la esperanza que sucumbió ante la ciudad y su maldición.

Entonces, en ese color de sombras y silencios, de calles tapiadas de rostros inmóviles hacia el tiempo sereno, nos invade desde desde lejos

la que ella y yo recordamos. No es necesario decirlo. Nuestras miradas la dicen; el aire la tiene guardado en sus cajones ingrátidos: "Cuando seamos felices". "Mas tarde, cuando la dicha nos sonría". "Dios, en su infinita bondad nos ayudará".

Pero las palabras se han quedado allí, quietas, llenas de polvo, hace mucho tiempo.

Es él "hace mucho tiempo" que nos pertenece, que nos mantiene (el vigor y los ojos muertos en nuestra carne) aferrados a las felicidades que nunca llegaron, a las esperanzas ilusas, al estremecimiento carnal de las fornicaciones que llenaron de una efímera satisfacción humana y sublime nuestra razón de vivir. Había, entonces, otro sol, otro luz; la tarde era algo estúpido y sin alma, el vecino inválido no estaba atado a la silla de ruedas en donde ahora, bajo un globo de luz pobre y triste, pide a gritos un orinal. Nosotros lo miramos a través de los surcos que el mirar ha abierto en el mismo aire de siempre; sabemos, como siempre, que nadie le hará caso, y sabemos que una mancha oscura se le irá regando en los pantalones sucios, bajo el vientre, hasta que en medio de la tarde se escuche el chasquido de la orina caer sobre el polvo húmedo del suelo. y los niños, sentados frente a él, se reirán como siempre.

Y ella, su voz, dice: "Mi compañero".

Y mi voz dice: "Ay, mi compañera". La ración diaria de palabras, el sentirnos vivir en ellas, el hablarse para saber que somos nosotros mismos. "Esta noche me sale decir que he sido malo contigo". "Y yo contigo". "Hemos sido malos". "Es cierto, hemos sido malos".

Cuando el chico travieso de los del "diez" que nos tira papeles y cáscaras de frutas al cuarto espantando nuestras inmovilidades, a través de la tarde, grita en la penumbra crepuscular de la casa: "Vecinos, llegó la hora del Rosario", nos vamos con las sucias almohadillas de arrodillar, lentos, recogidos, lejos de la tarde, de las manos, como dos pájaros desemparedados, al Templo, a la imagen triste del Nazareno en la paz de las naves porque tenemos la necesidad de orar, porque un temor extraño se ha apoderado de nosotros, porque hay en nosotros el presentimiento de las finalidades profundas que han de arribar pronto, que nos aguardan en las cavidades de nuestros cuerpos. Y oramos. Y oramos llenos de no sabemos qué esperanza lejana, con unas ganas secas de llorar porque todo se irá de con nosotros a la nada.

En la honda noche, cuando el sueño huye de los ojos velados que no reciben al mundo, siento el espanto aterrador de ese dolor, de esas

desesperadas palpitaciones del corazón. Y ella, mi compañera, a mi lado, con el asma que la ahoga en la sombra total agujereada por el tictac del viejo reloj que sostiene la ambición de vivir en el tiempo diario y sencillo; es el reloj que se ha quedado atrás con sus horas en otro tiempo de ayer, ya muy lejos de la tarde eternizada, inservible a los demás hombres en esta hora de hoy, tan lejana de su horario, de sus números que marcan el destino implacable del sepulcro y la despedida última a las cosas que se quedaron con nuestros cariños que dieron nuestros cuerpos en el mundo.

Alguna vez le amamos porque era su tictac como la conciencia de que nosotros éramos los mismos y que nos seguíamos amando a pesar de que en el corazón no anidó algo, un sentimiento borroso hacia los hijos no tenidos nunca.

Entonces, una noche, el tictac se detuvo para siempre. Escuchamos el "clac" de algo que se rompía, de algo sostenido en nuestras vidas que se desvaneciera, súbito, en el silencio y la muerte. Tomamos el reloj entre nuestras manos temblorosas, lo besamos y lo echamos en el rincón de los trastos viejos al lado del ajuar de novia, del sobre militar oxidado y viejo, al lado de la cuna no usada cuando el corazón pensó llenarse de regocijos, al lado de las esperanzas muertas.

Y ella con su voz me dice: "Mi compañero".

Y mi voz le dice: "Mi compañera, qué triste es esto".

"Y estas condenadas moscas que no buscan otro lugar donde posarse"
"Pocra Crucifijo, tan sucio, tan sucio" "¿No oyes como llueve? No oyes cómo se me quiere escapar el corazón cómo quiere huir de mí, de nosotros?" "Y el mío" "Nos quieren abandonar".

En las palabras quedas, en los ojos iluminados vagamente por la luz trémula que ilumina al Crucifijo las manos secas están en las manos secas.

Y acontece que todos los días el tiempo, el consancio de los huesos que aspiran extrañamente al reposo definitivo nos arrebató del temor y la espera, sentados juntos, mirando al vecino inválido que nos mira también desde el patio, siempre.

Siempre hasta el treintaiuno de los meses todos cuando nos hundimos en la ciudad, en la vida de los rostros desconocidos, entre el ruido (que allá en el cuarto nos llega lejos) y lentos, lentísimos nos vamos al Ministerio, al hombre que nos entrega el dinero de la jubilación de antiguo

soldado de un remoto vivir patriótico en la energía de la juventud. Es entonces cuando se hunde el cuerpo en el recuerdo de alguien o algo que habitó en una vida más lejos de esta tarde simple y animada por ratones jugando en los rincones húmedos y podridos de la casa vieja cuyas emanaciones de cucarachas grandes y tranquilas nos van robando domingos apagados de fiestas y amores que acaso, ya no me acuerdo, estremecieron nuestros corazones. Es el vivir de la carne dura y resentida conservando en ella (mi compañera) la huella de mi cuerpo, del hombre que hoy en mí, y yo de la mujer que hoy en ella.

Sin nadie en este mundo de nosotros dos, temerosos de la ciudad. Sin el tictac del reloj que nos avisaba de nuestras vidas. Sin nosotros mismos. Yo sin ella y ella sin mí en esta sola tarde que sentimos ser, que sentimos morir.

Siempre hundidos en nosotros y nuestras palabras que no necesitamos decir.

Pero era aquel (yo se lo dije antes de que ella se fuera y a mí me llevaran al Asilo de Ancianos) el último invierno de los girasoles fugaces y efímeros.

Ella amaneció un día inmóvil y fría como si durmiera desesperadamente, desesperadamente. Durante la noche me había tomado la mano y murió aferrada a ella como si quisiera arrastrarme hacia donde bajaba, hacia donde se alejaba. Y yo la dejé ir sin decirle nada.

En la mañana, el cuarto se llenó de voces y sombras; la vistieron y se la llevaron en ese carro negro y grande los hombres que no me miraban y no me decía nada porque lo estaba incrustado en los ojos abiertos y quietos del vecino inválido desde su silla de ruedas. Sin embargo le dije adiós con lo mucho de tarde que me dejaba y no pude recordar cómo llorar ese vacío que quedaba entre mis manos.

Entonces, cuando creía que lloraba, los vecinos llegaron a mirarme y a hablarme como si estuviera lejos y sus palabras no me llegaron nunca ni las lágrimas del niño travieso de los del "diez" que pedía perdón por tirarnos cáscaras y papeles al cuarto. Y cuando me llevaron al Asilo de Ancianos, lejos de la tarde, lejos de los ratones y el Crucifijo, entre los hombres, no sabía si era yo el que había muerto y se lo habían llevado en ese carro negro y grande esos hombres que no decían nada mientras ella se despedía de mí con la mirada.

Pero había una cosa que solamente yo sabía: aquel era el último invierno de los girasoles efímeros y fugaces.